

No viajo

No viajo. Llevo el horizonte en las pupilas y una vida en la maleta, pero no viajo.

No viajo. Traslado conmigo cuanto tengo. Una maleta escasa de pertenencias, justita de esperanza y lastrada por el miedo. Eso sí, está bien provista de libertad, la única ventaja de no tener más que sueños. No lleva poco, porque lo lleva todo. Todo lo que soy. Aún así, casi no pesa. Me desplazo más rápido sin el lastre de tener mucho que perder.

Yo no viajo por llegar. Ni siquiera viajo por ir. Viajo por alejarme, y éso, no es viajar. Mi único destino es el más lejano posible al punto de origen. Mi única dirección es la que me lleve más lejos, de forma más recta y más rápidamente. De recuerdos voy ligero porque nunca tuve infancia. Toneladas de miseria sepultaron unos gramos de cariño.

Yo me alejo de mi origen, no me alejo de mi tierra, porque nunca tuve tierra. Siempre fui pobre y los pobres pertenecemos a la tierra, nunca al revés. Me alejo de una familia que me dio cuanto tuvo: Nada. No hubo despedidas, nadie derramó una lágrima, hubo más alivio y esperanza que tristeza en mi partida. El hambre reseco los corazones con la misma intensidad con la que había resecado la tierra hasta dejarla estéril.

Yo no viajo. Lo mío no es viajar, sólo huir. Desplazarse con la única esperanza de tener esperanza, con el único futuro de tener un presente, con el único miedo de que en este juego no me envíen de nuevo a la casilla de salida, de no quedar atrapado en una partida de ajedrez solitario donde uno está condenado a perder, con la única opción de conseguir hacer tablas, para seguir jugando.

Yo no viajo. Aunque conozco a fondo los lugares a los que llego y a las gentes que los habitan, no me mueve la curiosidad viajera, simplemente es mi medio de obtener el calor de una cama, de una comida o de una sonrisa. Me acerco a las gentes del lugar pero siempre mantengo prudente distancia, bueno, en realidad son ellos quienes lo hacen. Me dejan bien claro, en cuanto pueden, que ellos llegaron primero. Yo no lo veo, pero ellos tienen un círculo imaginario en el que ellos están dentro y yo soy de fuera. La verdad es que no quiero estar dentro de un círculo que deja fuera a los que llegan más tarde. Les doy pena porque no estoy en mi casa, aunque a mí los que me dan pena son los que nunca salieron de la suya, los de aquí porque nunca quisieron y los de allí porque nunca pudieron. Intento no estar triste. No me marché para estar triste, la tristeza era una de las pocas cosas que ya tenía cuando salí. He conseguido no estar solo. Cuando lo buscas de verdad, casi siempre encuentras un rato de miseria compartida, que ahuyenta los fantasmas de la soledad.

No. Definitivamente yo no viajo. Yo emigro. Emigrar no es viajar. Más bien todo lo contrario.